

CÁCERES Y SU CERCA ALMOHADE

Raros son los historiadores, geógrafos y viajeros musulmanes que mencionan a Cáceres entre las ciudades españolas, prueba de su escasa importancia urbana en la época islámica. Tuvo, en cambio, gran interés militar desde el siglo X al XIII como fortaleza fronteriza, atalaya desde la que vigilar el valle medio del Tajo e impedir el paso de las tropas leonesas desde éste al del Guadiana y a las populosas ciudades de Mérida y Badajoz. Pregonan ese carácter castrense los considerables restos de su cerca, afortunadamente conservados, obra capital de la tan poco estudiada arquitectura militar de la Península.

Intentaremos conjugar en las páginas que siguen, aunque torpemente, lo mismo que en ocasiones análogas, historia y arqueología. La primera, aislada, sin tener en cuenta el solar en que se desarrolla, ni los restos contemporáneos que han sobrevivido al paso de los siglos, no puede alcanzar el máximo valor de

evocación plástica que conociéndolos adquiere. La arqueología monumental es, a su vez, pura historia, deshumanizada también e incompleta cuando se reduce a descripciones y se la aísla de los hechos que suelen explicarla y de los hombres que levantaron las obras que analiza.

Historia.

A la Cáceres islámica precedió en el mismo lugar una ciudad romana, la *Cólonia Norba Caesarina*, parte de cuyas murallas aprovecharon en la fortificación medieval. Hübner, que por desconocer estos restos la supuso situada en las inmediaciones o arrabales mismos de la urbe actual, dijo ser arábica la voz Cáceres, o formada por los castellanos por corrupción de «alcázares»¹. Desde entonces la hipótesis del sabio alemán ha sido aceptada como cosa indudable. Pero la derivación del nombre de la ciudad de la palabra árabe «los alcázares» — *al-quṣūr* — es poco convincente; mayor es su semejanza con el singular de la misma — *al-qasr* —. Excusándonos una vez más de penetrar en el dominio complicado de la filología, al que somos totalmente ajenos, nos parece más lógico que el nombre «Cáceres» — *ḥiṣn Qās.r.š* la llama Idrīsī — proceda de la última palabra con el que la conocían los romanos: *Caesarina*.

En 1794 se encontró en Cáceres, en el corral de una casa en la puerta de Mérida, al deshacer un trozo de la muralla antigua, un gran fragmento de piedra, dintel probablemente, de una

¹ Hübner, en un primer artículo, escribió: «Yo imagino que es arábica la voz Cáceres, a no ser que los castellanos la formasen por corrupción de *alcázares*» (*Situación de la antigua Norba*, por Emilio Hübner, apud *Bol. de la R. Acad. de la Hist.*, I, 1877, pp. 88-97). En un trabajo posterior dice: «Cáceres, según toda probabilidad, no es otra palabra que la muy conocida arábica de los *Alcázares*, sin el artículo antepuesto *al* y con cambio del acento en la pronunciación, causado tal vez por la misma omisión del artículo». (E. Hübner, *Cáceres en tiempo de los romanos*, apud *Rev. de Extremadura*, I, pp. 149-151). Los señores Mérida y Fleriano, en las obras que se citan más adelante, afirmaron esa etimología, apoyados en la autoridad de Hübner.

vara de ancho y tres cuartas de alto, que tenía escritas, en grandes letras, las palabras

COL. NORB. CAESARIN...¹

Es probable que estuviera sobre una de las puertas de entrada a la ciudad al ocuparla los musulmanes, y aun bastante tiempo después, hasta que en la segunda mitad del siglo XII rehiciéronse las fortificaciones. Como en otras muchas ciudades de la Península, los invasores seguirían llamándola con su mismo nombre anterior deformado. El proceso de transformación del árabe al castellano parece análogo al que de *al-qaysariyya* produjo «alcaicería».

Según Plinio, cuyo testimonio deriva de fuentes estadísticas oficiales, la *Colonia Norbensis Caesarina cognomine* era una de las cinco de la provincia de Lusitania, militares todas². No figura en el *Itinerario* de Antonino, redactado a principios del siglo III.

Entre otros restos escultóricos y epigráficos hallados en Cáceres, se citan: una inscripción dedicada a Trajano y otra a Septimio Severo, del año 194 esta última³.

Faltan memorias de la ciudad extremeña durante el dominio visigodo. Fernández Guerra supone que hacia el año 582 Leovigildo, en su campaña de Lusitania, atacó a Mérida y dos veces a Cáceres, logrando apoderarse de ambas ciudades, que seguían el partido de Hermenegildo⁴.

Pasarán varios siglos antes de que el nombre de Cáceres,

¹ Juan Francisco de Masdeu, *Historia crítica de España y de la cultura española*, XIX (Madrid 1800), p. 307, n° 1.600; *Inscriptiones Hispaniae Latinae*, edidit Aemilius Hübnér (Berlín 1869), p. 84, n° 694.

² Plinio, *Historia Natural*, libro IV, párrafo 117, según cita de don José Ramón Mélida, *Catálogo monumental de España: Provincia de Cáceres*, Texto, I (Madrid 1924), pp. 65-66.

³ Hübnér, *Inscriptiones Hispaniae Latinae*, pp. 83-84, n°s 692 y 693.

⁴ Aureliano Fernández Guerra y Eduardo de Hinojosa, *Historia de España desde la invasión de los pueblos germánicos hasta la ruina de la monarquía visigoda*, I (Madrid 1890), pp. 366-368.

sin duda por la escasa importancia que entonces tendría, aparece mencionado por los escritores árabes cuyas obras han llegado a nuestros días. El ya citado Idrīsī se limita a decir que era una fortaleza — *ḥiṣn Qāṣ.r.š* —, lugar de reunión para ir a saqueos y devastar el territorio cristiano, situada a dos jornadas de Trujillo ¹.

Pocos años después ² empiezan a conocerse episodios de su historia militar, de la que ignoramos muchos jalones. Son casi todas concisas referencias de crónicas, y aún más breves de diplomas reales, menguado andamiaje para reconstruir su historial. De las luchas, treguas y alianzas entre leoneses y musulmanes durante cerca de tres cuartos de siglo en torno a la ciudad, tan sólo sabemos unos cuantos episodios aislados, inconexos.

Dueños los almohades de Badajoz desde 543 = 1148, es de suponer que lo fueran también de Cáceres en fecha cercana.

Los primeros ataques cristianos contra esta ciudad de que tenemos noticia no partieron del norte, de las gentes de León, sino del occidente, donde don Alfonso Enriquez y los portugueses, en posesión de Badajoz en 556 = 1161 por breve tiempo, pues el mismo año fué reconquistada por los almohades ³, habían avanzado más hacia el mediodía que los leoneses en sus campañas contra el islam.

La primera vez que, según indudables testimonios históri-

¹ *Description de l'Afrique et de l'Espagne par Edrīsī*, edic. R. Dozy y M. de Goeje (Leiden 1866); p. 187 del texto árabe y 227 de la traducción francesa.

² Alfonso VII se adueñó en 1142 de Coria (*Chronica latina del Emperador don Alfonso VII*, en *España Sagrada*, XXI, pp. 380-381, y *Anales Toledanos Ios*, en *España Sagrada*, XXIII, p. 388). Historiadores locales (España, sus monumentos y artes, su naturaleza e historia: *Extremadura* [Badajoz y Cáceres], por Nicolás Díaz y Pérez [Barcelona 1887] p. 685) citan entonces una primera conquista de Cáceres, para la que no hay fundamento histórico. Fantástico parece también el dato, que recoge el mismo autor en la citada página y reprodujo Mérida—*Catálogo: Provincia de Cáceres*, I, p. 230 —, asegurando el primero proceder del *Memorial* de don Alvaro de Ulloa, de estar gobernada Cáceres, en 1151, por Alhá-el-Gami, que la engrandeció, circundándola de muros y edificando un notable alcázar.

³ *La alcazaba almohade de Badajoz*, por Leopoldo Torres Balbás, en *Crónica arqueológica de la España musulmana*, VIII (AL-ANDALUS, VI, 1941, página 176).

cos, pasó Cáceres a poder de los cristianos — ya veremos cómo en los años siguientes, a pesar de su fortaleza, cambió con frecuencia de dueño y religión —, su conquista debióse a un audaz aventurero portugués, Giraldo Sempavor, que guerreaba por cuenta de don Alfonso Enríquez, «señor de Coimbra». Fué en *şafar* de 561 = diciembre de 1165. Este guerrillero, al que con harta exageración se le ha comparado con el Cid castellano, tenía atemorizadas a las ciudades musulmanas fronterizas, pues al frente de una tropa de guerreros, insensibles al viento, al agua y a la nieve, las asaltaba en noches tenebrosas. Arrimadas a los muros las escalas de madera, Giraldo era el primero en subir por ellas, sorprendiendo al vigilante dormido; al despertar éste le obligaba a dar el grito acostumbrado de normalidad. Subía entonces el resto de la tropa asaltante, y dando grandes voces penetraban en el interior de la ciudad, matando a cuantos moradores encontraban. Así, desde 1164 a 1168, se apoderó, además de Cáceres, de Trujillo — 1164 —, Evora — 1164 —, Montánchez, Serpa y Jurumenha — 1166 —, Santa Cruz y Monfra, y de la más importante ciudad de Badajoz — 1168 —¹.

Aprovechándose de estas hazañas de Giraldo, y sin duda de las revueltas y guerra civil que dividía a los musulmanes de la Península, explotadas también por el guerrillero portugués, Fernando II, adueñóse a fines de 1166, o en los primeros días de 1167, de Alcántara, con su famoso puente romano sobre el Tajo, tan admirado por historiadores y cronistas musulmanes².

¹ Crónica del contemporáneo Ibn Sāhib al-Şalā en *The History of the Mohammedan dynasties in Spain*, por Maqqārī, adaptación Gayangos, II (Londres 1843), p. 522; *O Cid português: Geraldo Sempavor*, por David Lopes (*Revista Portuguesa de Historia*, I, Coimbra 1940, pp. 92-109).

² Donación de Fernando II y su mujer doña Urraca, fechada el 29 de enero de la era 1205, *eo anno quo idem famosissimus rex dominus Ferdinandus victoriosissime obtinuit Alcantara de sarracenis*. A. H. N., Uclés, caj. 198, vol. I, n° 2, según cita de Consuelo Gutiérrez del Arroyo de Vázquez de Parga, *Privilegios reales de la Orden de Santiago en la Edad Media* (Madrid, s. a.), n° 40, p. 39; Julio González, *Regesta de Fernando II* (Madrid 1943), pp. 391, 393, 394 y 398. El 23 de noviembre del mismo año de 1167, Fernando II hacía donación de la villa de Alcántara a su vasallo el conde de Urgel, por haberle ayudado contra los moros con sus caballeros (*ibidem*, n° 43, p. 61).

Considerable ventaja era para el rey de León poseer una fortaleza en el gran río que hasta entonces había sido foso protector de Cáceres contra las incursiones de los guerreros del norte.

La expansión de portugueses y leoneses se realizaba por el mismo territorio musulmán de Extremadura, lo que explica la rivalidad entre sus dos monarcas. Fernando II acudió en 565 = 1169 a proteger a sus aliados moros, sitiados en la alcazaba de Badajoz por Alfonso Enríquez, al que derrotó e hizo prisionero. Nueva intervención del rey leonés poco después, en 1170 o 1171, impidió que Giraldo se apoderase de Badajoz ¹. El monarca almohade envió por su valiosa ayuda a Fernando II, entre otros presentes, un manto recamado de piedras preciosas ².

Probablemente la fortaleza fronteriza de Cáceres, amenazada desde Alcántara, y con Badajoz más al sur en poder temporalmente de los cristianos, sería una especie de *ribāt*, guarnecido, como lo estaban éstos, por monjes-soldados consagrados a la guerra santa contra los cristianos.

En el mismo año de 1170 se dice que Fernando II ocupó Cáceres. Ignóranse las circunstancias que produjeron, de ser cierto, ese hecho. Tal vez pasase a manos del rey de León por pacto y no por conquista, lo que explicaría la falta de referencias documentales respecto a hecho de tal importancia, que sólo conocemos por la fundación de la «Congregación de los frates de Cáceres», el 1º de agosto de ese año, y la cesión que a ésta hizo de la ciudad, sin duda para que la defendiese. Refuerza la creencia de que la donación de Cáceres a la naciente Orden no se

¹ Ibn Šāhib al-šalā, según Lopes, *O Cid português* (Rev. Port. de Hist., I, pp. 97-99). La crónica árabe llamada *El Anónimo de Madrid y Copenhague*, texto árabe y trad. por A. Huici (Valencia 1917), p. 10 del texto árabe y 7 de la trad., afirma que en el año 570 = 1174-1175, el Baboso (Fernando II) hizo la paz con el monarca almohade, pidiendo su ayuda, que obtuvo, contra los castellanos. Después cumplió el pacto en la defensa de Badajoz, sacando a esta ciudad de las manos de Ibn al-Rinq (Alfonso Enríquez). Sin duda la fecha está equivocada y la alianza tendría lugar en el año 1169 o poco antes. La ayuda prestada por el rey de León a los almohades sitiados en Badajoz por Alfonso Enríquez, ha sido referida también por Ibn Jaldún (*Histoire des Berbères*, trad. Slane, II [París 1927], pp. 198-199).

² *El Anónimo de Mad. y Cop.*, p. 10 del texto árabe y 7 de la trad.

debió a la ocupación de la ciudad por conquista, que tuviera lugar el hecho muy poco tiempo después de la referida ayuda prestada por el rey leonés a los almohades de Badajoz, motivo del regalo del almohade. En una de las iglesias de Cáceres, mezquita antes o templo mozárabe¹, estableció su sede la nueva milicia religiosa, tal vez creada para contrarrestar la de los *ribāts* del campo contrario. Al fanatismo de los monjes-soldados islámicos había que oponer guerreros impulsados por fuerte y combativa fe religiosa y sometidos a estrecha disciplina militar.

El hecho de la fundación de la nueva Orden, que más adelante, cambiado su primer nombre por el de Santiago, llegó a ser una de las más ilustres de España, mereció consignarse en un diploma, en el que los hermanos Gonzalo, Constanca y Jimena Osorio dieron una heredad en Sanabria, *eò anno quando cepit esse illum summum Ordinem de Caceres*².

Duró la paz entre Fernando II y los almohades hasta fines del año 569, que terminó el 1 de agosto de 1174, en que el primero rompió el pacto. A fines de verano, el 3 de *ṣaḡar* — 13 septiembre — el monarca musulmán salió de Sevilla para atacar el territorio leonés y su Madīnat al-Sibṭāṭ — Ciudad Rodrigo — reconquistando al-Qantarāt al-Sayf y otra ciudad cuyo nombre, Nādūš, según lo inserta *El Anónimo de Madrid y Copenhague*, no es fácil de identificar³. Consta por un documen-

¹ Puede justificar la última hipótesis el que la iglesia de Santiago en Cáceres, que es verosímil ocupe el emplazamiento de la primitiva, está fuera de murallas. Abundaban los mozárabes en esta región de Extremadura; de ellos se componía en parte la tropa de Giraldo Sempavor, que tal vez también lo fuese.

² Julio González, *Regesta de Fernando II* (Madrid 1943), p. 93. En el calendario más antiguo de Uclés, sede principal en Castilla de la orden de Santiago, se leía, según el P. Risco: *Era MCCVIII & quoto kal. Augusti institutus est Ordo Beati Jacobi (España Sagrada, t. XXXV, por Manuel Risco [Madrid 1786], pp. 237-239)*.

³ Pp. 10-11 del texto árabe y 7-8 de la trad. La expedición de Abū Yaʿqūb Yūsuf en 568 = 1172 se dirigió contra los castellanos, devastando las márgenes del Tajo hasta las puertas de Toledo. Ignoramos de donde procede la noticia, que inserta don Antonio C. Floriano en su *Guía histórico-artística de Cáceres* (Cáceres 1929), p. 26, de que en esa campaña los almohades tomaron por asalto Cáceres, degollando a sus defensores.

to de la catedral de Lugo, que el año 1177 estuvo Fernando II en Sevilla ¹.

En junio de 1182 dispuso ese monarca que en Coria, Alcántara, Cáceres y Alconétar, no se hicieran iglesias sin el consentimiento del obispo de la primera, don Arnaldo, al cual y a su iglesia concede el diezmo de la tercia del realengo de Alcántara ², lo que puede interpretarse como que pensaba apoderarse pronto de esta última ciudad.

A fines de 1183 terminaban las treguas de Fernando II con los musulmanes; el 1 de junio del año anterior había acordado con Alfonso VIII atacarles a partir de esa fecha, lo que explica la campaña contra Cáceres ³.

El 19 de enero y el 23 de febrero de 1184 firmó el rey leonés sendos documentos referentes a la Orden, ya llamada de Santiago, *apud Caceres*, ambos ⁴. Otros, datados en 12 de marzo, *apud Caceres quando obsidebat a rege*; en 27 del mismo mes, *apud Cazeris quando erat obsessa*, y en mayo, *in obsidione Cazzzeris*, demuestran que el asedio se prolongaba. Terminaría poco más tarde, pues el 8 y el 9 de junio el monarca, con su corte, estaba en Ciudad Rodrigo recompensando servicios de la pasada expedición contra los sarracenos ⁵. Cáceres continuó

¹ «... anno quo rex domnus Fernandus reduit ad exercitu de Seuilla» (*Historia de España*, por don Antonio Ballesteros y Beretta, II, segunda edición [Barcelona 1944], p. 376).

² Bi. A. H., Priv. de Coria, según cita de González, *Regesta de Fernando II*, p. 483.

³ López Ferreiro, *Historia de la... Catedral de Santiago*, IV, ap. LVIII, según cita de González, *Regesta de Fernando II*, p. 144.

⁴ A. H. N., Meira, R-6, copia; A. H. N., A. Uclés, caj. 2, vol. I, n° 2, y San Marcos de León, R. 19, según citas de González, *Regesta de Fernando II*, pp. 145-147, 181, 325, 327, 328, 494 y 495, y de Gutiérrez del Arroyo, *Privilegios reales de la Orden de Santiago*, 105 a 108, pp. 104-105. El documento de mayo de 1184 es una donación en la que Fernando II, con su hijo, concede al alférez o abanderado Petrus Pelagii y a su mujer doña Elvira Vegas, varios bienes como premio por los servicios que el primero le había prestado contra *mauros et christianos inimicos meos*.

⁵ A. C. Coria, en conf. de Alfonso X, cita Bi. A. H. Priv. de Coria; A. C. Oviedo; A. H. N., Samos; A. C. Santiago, Tumbo A, f°s 56 y 57, según citas de González, *Regesta de Fernando II*, pp. 147 y 494-496.

en poder de éstos, y Alconétar y Coria, como anteriormente Alcántara, volvieron a sus manos. Fernando II, en unión de su hijo, daba el 14 de octubre de 1184 a la iglesia de Oviedo y a su obispo varios castillos *pro multo et bono servitio quod mihi fecistis in Caceres et presertim per septuigentis aureis quos mihi dedistis* ¹.

En la primavera y verano del año 586 = 1190, el monarca almohade Abū Yūsuf Yaʿqub organizó una campaña contra los cristianos. Enviados del rey de Castilla negociaron paces en Sevilla antes de su comienzo, y el rey de León renovó la tregua que tenía con los musulmanes, por lo que la expedición se dirigió contra el territorio de Ibn al-Rīnq, como llamaban los musulmanes a Sancho I de Portugal ².

Después de la derrota de Alfonso VIII de Castilla en Alarcos — 1195 — el rey leonés Alfonso IX, hijo y sucesor de Fernando II († 1188), se unió a los almohades para pelear contra los castellanos, lo que motivó una Bula de excomunión contra él, de Celestino III, fechada en 31 de octubre de 1196, si persistiendo aquel monarca en la confederación que había hecho con los moros, los introducía en su tierra contra el rey de Castilla ³. Por entonces — en agosto o setiembre de 1196, pro-

¹ A. C. Oviedo, según cita de González, *Regesta de Fernando II*, p. 483. La pérdida de Coria será posterior a mayo de 1185, fecha en la que Fernando II data una donación *apud Cauriam* (A. H. N., Cat. de Mondoñedo, leg. 774, copia, según cita de González, *Regesta de Fernando II*, pp. 151 y 500).

² *Un recueil de lettres officielles almohades*, por Lévi-Provençal (*Hespéris*, XXVIII, 1941, pp. 64-66).

³ Arch. cat. Toledo, signatura A. 6. 1. 5; publicada en el *Bol. de la Real Acad. de la Historia*, XI, 1887, pp. 456-458. Una carta de la cancellería del monarca almohade Yaʿqub al-Manṣūr, fechada en Sevilla el 6 de agosto de 1196, dice que durante la reciente campaña contra los castellanos por el valle del Tajo, el rey de León, que era su tributario, le avisó que estaba en guerra con su primo, el monarca de Castilla, solicitando tropas musulmanas, que le fueron enviadas, para invadir su territorio. (Lévi-Provençal, *Un recueil de lettres officielles almohades* [*Hespéris*, XXVIII, 1941, p. 67]). Alfonso IX entró por tierra de Campos, sin duda con los soldados musulmanes, talando y quemando los pueblos, antes de terminar el verano de 1195 (*Chronique latine des rois de Castille jusqu'en 1236*, edic. G. Cirot [Burdeos 1913], pp. 45-46).

bablemente — Alfonso IX fué a Sevilla a verse con el monarca almohade ¹.

Hasta ahora hemos visto a los dos monarcas leoneses — Fernando II, según don Rodrigo Jiménez de Rada, muy dado a oír alabanzas cortesanas — en pactos y alianzas frecuentes con los almohades, ayudando a éstos en sus luchas con los reyes de Portugal y Castilla. Incluso la supuesta ocupación de Cáceres en 1170 y su asedio en 1184 por Fernando II son hechos muy confusos, que tal vez la cancillería del rey leonés procuró dejar en sombra. La historia medieval de la Península difiere bastante de la que aprendimos de niños, con sus fórmulas simplistas y tajantes de lucha implacable entre la cristiandad peninsular y el islam. Una de sus épocas más complejas e interesantes es ésta de los piadosos monarcas leoneses, protectores y guardianes del sepulcro del santo Apóstol en Compostela, pródigos en fundaciones religiosas, y al mismo tiempo unidos a los almohades para atacar a los otros reyes cristianos de la Península; Alfonso IX excomulgado varias veces por el Pontífice ². Al no tener en cuenta estos hechos, los historiadores han falseado con frecuencia el carácter de ambos reinados.

Tan sólo cuando el poder almohade declinó después de la derrota de las Navas de Tolosa (1212), de la que estuvo ausente Alfonso IX ³, puesto éste de acuerdo con los castellanos, emprendió activas y repetidas campañas que extendieron el reino leonés hasta el Guadiana, suprimiendo la cuña de territorio musulmán que su política anterior y la de su padre habían hecho quedarse entre el territorio portugués, muy avanzado hacia el sur, y los dominios menos meridionales de los castellanos.

¹ *Chronique latine des rois de Castille*, p. 50.

² Figura curiosísima es la de «petri ferrandi», Pedro Fernández de Castro, a cuya instigación — *instinctu et suasionem* —, según la Bula papal de 1196, Alfonso IX se había confederado con los moros, excomulgado a la vez que el monarca, y que tomó parte en la batalla de Alarcos, combatiendo al lado de los almohades.

³ Según Ibn Jaldūn, Alfonso VIII se puso de acuerdo con su primo el Baboso (Alfonso IX de León), pero éste, después de haber tomado partido por el monarca almohade, le abandonó de repente, causando así la derrota de los musulmanes (*Histoire des Berbères*, II, pp. 224-226).

Tras las paces y convenios hechos en 1213 entre el monarca leonés y el castellano, y el acuerdo de que fuesen «cada uno en huest sobre Moros por su frontera», los leoneses, reforzados con 600 caballeros castellanos, pasando la sierra de Gata por el puerto de Perales, atacaron la plaza fuerte de Alcántara, perdida en el anterior reinado de Fernando II, y lograron ocuparla. Infructuoso fué, en cambio, el posterior ataque a Cáceres ¹.

En 1218 organizaron las órdenes militares, con la ayuda de los reyes de Castilla y León y asistencia de tropas gasconas, a cuyo frente estaba Savaric de Mallen, poeta que pasó algún tiempo en la corte leonesa, otra cruzada contra Cáceres. El asedio duró desde mediados de noviembre hasta cerca de Navidad, en que las grandes lluvias les forzaron a abandonarlo ².

Nueva campaña tuvo lugar en 1222. El rey de León fué a cercar la disputada ciudad con los «freyres» de todas las órdenes militares; la combatió con almajaneques, derribando torres y muros. Un privilegio real de 23 de junio está fechado *super obsidione de Cazeres*, y otro de 18 de julio dice: *datum in Carceres* ³. A punto de tomarla, refieren los *Anales Toleda-*

¹ *Anales Toledanos I^{os}*, en *España Sagrada*, XXIII (Madrid 1667), p. 398.

² *Anales Toledanos I^{os}*, en *España Sagrada*, XXIII, p. 400, dicen «Cancies» por Cáceres; Lucae Tudeñsis, *Chronicon Mundi*, en *Hispania illustratae*, t. IV (Francfort 1608), p. 113. No sabemos si a esta campaña, o a otra aún menos feliz, se refiere Conde como realizada en el año 616 = 1219-1220. Intentaron los cristianos, dice, «conquistar las ciudades de Cazires y Targiela (Trujillo», y vinieron a cercar la primera, y confiaban mucho que la entrarían; pero la caballería de la frontera de Algarbe, que estaba sedienta de venganza, vino a dar sobre el campo de los cristianos una alborada, con tan terrible ímpetu, que lo rompieron y atropellaron, haciendo en los cristianos atroz matanza. Todos huyeron sin orden, y en la fuga fueron bien alanceados de los caballeros de Xerez y de Sevilla; dejaron el campo cubierto de cadáveres, y todas sus tiendas, máquinas y provisiones, ganados y cautivos Muslimes que tenían, que no cuidaron sino de salvar sus propias vidas, y muchos de ellos no lo pudieron lograr y quedaron para pasto de aves y fieras» (*Historia de la dominación de los árabes en España*, por don José Antonio Conde, tercera parte, capítulo LVI [Madrid 1874], p. 255).

³ A. H. N., Uclés, cajón 261, n.º 9, y Bi. A. H., Col. Jovellanos, t. II, folio 337, según citas de Julio González, *Alfonso IX* (Madrid 1944), I, p. 196; II, pp. 537-538, y Gutiérrez del Arroyo, *Priv. reales de la Orden de Santiago*, 252, pp. 133-134.

nos II^{os}, Alfonso IX levantó el cerco ante la promesa del monarca almohade de entregarle una cuantiosa suma, por la que se comprometió también a no entrar en tierra de moros ¹. Entre los toledanos el rey leonés no gozaba, sin duda, de buen crédito. Nuevas e infructuosas expediciones contra Cáceres realizaron los leoneses en los años 1223, 1225 y 1226 ². Por fin, en 1227, pasado el mes de mayo, Alfonso IX, con la ayuda de los caballeros de Calatrava, logró apoderarse de la disputada ciudad ³.

El 23 de abril de 1229 la concedió fuero. Se expulsó a sus pobladores moros, pero aquél autoriza a ir a poblar a Cáceres libremente a cristianos, judíos y moros, libres o esclavos, y a acudir a sus ferias en los últimos quince días de abril y quince primeros de mayo, meses ambos en los que podrían visitarla, seguros, todas las gentes de las tres religiones, libres o esclavos, tanto las de tierra de sarracenos como las de la de cristianos. El fuero daba grandes atribuciones al Concejo y concedía crecidos privilegios a los que quisieran establecerse en la recién conquistada ciudad con el fin de poblarla ⁴.

En adelante Cáceres, ciudad ganadera y agrícola de mediana importancia, apartada de las grandes vías de comunicación, al margen de los hechos más sonoros de la historia política peninsular, apenas se cita en sus fastos.

Dos mil vecinos dicen había en 1479 en Cáceres, de los cuales ciento treinta eran judíos ⁵. A mediados del siglo XVII Méndez Silva cuenta dos mil de los primeros y cuatrocientos

¹ *Anales Toledanos II^{os}*, en *España Sagrada*, XXIII, p. 406; dicen «Can-
cies».

² González, *Alfonso IX*, I, pp. 195 y 199; II, pp. 579 y 580.

³ Tudensis, *Chronicon Mundi*, en *Hispania illustratae*, IV, p. 113; Manuel Risco, *Historia de la ciudad y corte de León y de sus reyes*, I (Madrid 1792), p. 378.

⁴ Arch. Mun. de Cáceres, n^o 5; publicado, entre otros, por Tomás González, *Colección de privilegios de Simancas*, t. VI, p. 91; González, *Alfonso IX*, II (Madrid 1944), pp. 690-692.

⁵ Arch. Mun. de Cáceres, Sec. A, *Privilegios y carta: reales*, sign. prov. VT-A-I, 4, según cita de Antonio C. Floriano, *La Villa de Cáceres y la Reina Católica*, II (Cáceres 1917), p. 91.

treinta y seis mayorazgos ¹. En el último cuarto del siglo XVIII le dijeron a don Antonio Ponz que el número de vecinos era de mil seiscientos, pero que la población estaba muy disminuída, pues antes de la separación de Portugal tuvo más de tres mil ². Finalmente, al mediar el siglo XIX, estadísticas de mayor exactitud computan doce mil cincuenta y un almas, que habitaban dos mil ciento veinticinco casas ³.

La ciudad.

El solar cercado de la Cáceres medieval ocupa un terreno quebrado en la falda de una colina de suave pendiente, parte de una cordillera de pequeños cerros que corren de este a oeste, en la orilla izquierda y a 22 kilómetros del Tajo. La cota más alta del recinto — 458 metros sobre el nivel del mar — corresponde a una reducida meseta en la que hoy está la iglesia de San Mateo. Las murallas dibujan un cuadrilátero, aproximadamente rectangular, con un eje mayor norte-sur, de 385 metros, y el menor, este-oeste, de 187. A occidente protegía el recinto una barrancada no muy honda, tras la cual la colina sigue ascendiendo suavemente hasta alcanzar la altura de 523 metros. Mayor es el desnivel en el opuesto lado oriental, vaguada de un pequeño arroyo sin nombre, casi seco al final del verano. La posición no es tan enriscada como la de otras varias localidades de la Península, inexpugnables algunas; pero no fué elegida por los musulmanes, que se limitaron a ocupar la ciudad antes romana y visigoda entonces.

El paisaje es severo, sin opulencias de vegetación meridional, a las que no se presta la escasez de agua. A lo largo del menguado arroyo hay algunas huertas, formando una estrecha

¹ *Población general de España*, por Rodrigo Méndez Silva (Madrid 1645), fº 76 r.

² *Viaje de España*, por don Antonio Ponz, segunda edición, tomo VIII (Madrid 1784), pp. 87 y 93.

³ *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, por Pascual Madoz, V (Madrid 1849), p. 81.

vega. Cerros no muy escarpados, cubiertos algunos de olivos, rodean la ciudad, y en un boquete entre ellos, hacia norte, la vista puede disfrutar de más amplios horizontes y extenderse por las vastas llanuras del valle del Tajo, cerradas en la lejanía por las sierras de Gredos y Gata.

El perímetro de la cerca islámica, probablemente levantado en gran parte sobre la romana, como se ve en algunos lugares y parece comprobar su forma aproximadamente rectangular y la puerta que se abría en cada uno de sus cuatro lados, mide 1.145 metros y encierra una superficie de 7,74 hectáreas, ocupada del siglo XI al XIII por unas 421 casas y alrededor de 2.500 habitantes ¹.

Los tres momentos más importantes de la historia cacereña refléjanse perfectamente en los restos monumentales conservados. La ciudad romana está representada por una puerta de la muralla — el arco del Cristo —, la parte inferior de algunos lienzos y las estatuas e inscripciones repartidas por varios lugares. La Cáceres islámica, fortaleza avanzada en la frontera en los años finales del siglo XII y en los primeros del siguiente, por el resto de la cerca, con sus torres albarranas, y un aljibe. La religiosa e hidalga de los siglos XIV al XVI, en la que cada señor se erige en reyezuelo feudal, sin más ley que su capricho, en lucha continua con el vecino, por las monumentales iglesias y conventos y por la maravillosa serie de casas fuertes que pueblan el recinto y hacen de la vieja Cáceres uno de los más puros conjuntos medievales conservados en España.

Aparte de un aljibe, oculto bajo tierra, no hay que buscar dentro del recinto musulmán resto alguno contemporáneo de las murallas. El carácter puramente militar de la ciudad árabe — recuérdense las palabras que la dedica Idrīsī —, y su escasa importancia urbana implicaban mezquitas modestas y un pobre caserío de pequeñas viviendas. Al repoblarla Alfonso IX tras su conquista en 1227, consagraríanse en parroquias las mezquitas y

¹ Justifícanse estos cálculos en el capítulo — inédito — «Número de habitantes y evolución urbana», de nuestra obra en preparación *Las ciudades hispanomusulmanas*.

el resto de la superficie cercada debió de repartirse entre los señores que tomaron parte en la campaña, encargados de defender el recinto de las posibles reacciones militares musulmanas. Pero los años inmediatamente posteriores fueron los de disolución del imperio almohade, fatales para el islam español, y la reacción no se produjo. Aprovechando esas circunstancias los leoneses siguieron progresando hacia mediodía, y las conquistas de Badajoz y Mérida en 1230 aseguraron definitivamente la ciudad de Cáceres contra el peligro musulmán.

Las pobres viviendas musulmanas, construídas probablemente de tapial, menos consistente que la argamasa de las murallas, no tardarían mucho en desaparecer, impropias por su humildad de los caballeros a los que se repartieron, y sobre ellas, sin respetar el anterior trazado de calles, fueron levantándose con el producto de las ricas y extensas dehesas de la comarca, repartidas a los mismos conquistadores, a la par que los solares, sombrías casas fuertes, provistas de altas torres. No queda ninguna de las construídas en los siglos XIII y XIV; los palacios más antiguos del interior de la cerca son de los siglos XV y XVI, pero muchos de ellos ocupan seguramente el vasto solar de las que les precedieron y conservan su adusto carácter militar.

Formóse así una ciudad dentro de las murallas, poblada casi exclusivamente por hidalgos; el elemento popular que acudiera atraído por privilegios y exenciones reales habitaría en los arrabales, puesto que el peligro musulmán, con la frontera muy lejana, había desaparecido. En el siglo XIV hay noticia de la existencia de un arrabal a nordeste en el que estaba la calle de los Caleros, extramuros, entre la puerta del Cristo y la cuesta del Maestro.

Este carácter de ciudad exclusivamente aristocrática y señorial del núcleo murado de Cáceres, tal vez caso único entre las viejas españolas, produjo uno de los conjuntos urbanos más sugestivos del pasado. Nobleza rural casi toda la que allí habitaba, más íntimamente unida a la tierra que en otras comarcas de nuestra Patria, por vivir exclusivamente de sus productos, conservó hasta época avanzada sus residencias; la nueva población se fué extendiendo fuera de murallas, principalmente hacia poniente.

Socialmente, la concentración de casas fuertes, colindantes o separadas por estrechas callejuelas, cuya angostura alivia de vez en cuando alguna plazoleta irregular, habitadas por una nobleza campesina, ociosa y turbulenta, con el orgullo de sus privilegios y riquezas, produjo continuas luchas de banderías y una situación anárquica con la que tuvo que acabar la fuerte mano justiciera y unificadora de los Reyes Católicos.

Las discordias locales culminaron en el turbulento reinado de Enrique IV, al calor de las contiendas entre sus partidarios y los del infante don Alfonso. Fomentólas un «escudero de una mula», hidalgo, aunque de pobre estado, don Gómez de Cáceres, natural de esta villa, después llamado don Gómez de Solís, al que el monarca dió en 1458 el maestrazgo de Alcántara, con gran sorpresa de los cortesanos, que la juzgaron desmedida merced en relación con el linaje, virtudes y merecimientos de don Gómez ¹. Partidario éste más tarde del infante don Alfonso, a pesar de las mercedes recibidas del monarca, fué uno de los principales actores en la vergonzosa escena de la deposición de éste en Avila en 1465. Codicioso y ensoberbecido, don Gómez de Solís ocupó tiránicamente la ciudad de Cáceres, persiguiendo a los partidarios de don Enrique IV, y desde ella fué extendiendo su dominio por el resto de Extremadura en beneficio propio y de sus hermanos ².

Pinta bien la situación de Cáceres por entonces la cédula dada por los Reyes Católicos en Madrigal el 12 de mayo de 1476, ordenando la inmediata demolición de todas las torres en el término de treinta días, en las casas de los caballeros y escuderos, «por manera que queden yguales con las otras casas donde están fechas e edificadas, e todos biuan e estén seguros», pues les habían hecho «relación que en esa villa, en muchos tiempos acá, por cabsa de algunas torres que están en algunas cassas principales de dicha villa, se han fecho o han acaecido grandes es-

¹ *Hechos del Condestable don Miguel Lucas de Iranzo*, edic. Juan de M. Carriazo (Madrid 1940), p. 267. *Memorial de diversas bazañas*, por Mosén Diego de Valera, edic. Juan de Mata Carriazo (Madrid 1941), pp. 48-49.

² Valera, *Memorial de diversas bazañas*, pp. 99 y 116-117.

cándalos, e mouimientos, e ruidos, e feridas, e muertes de omes; porque son defendidas las dichas casas con el esfuerzo e fauor de los caualleros e otras personas que tienen las dichas casas e torres, de lo qual se ha recrecido e recresce a los vesynos e moradores de la dicha villa e su tierra grandes daños» ¹.

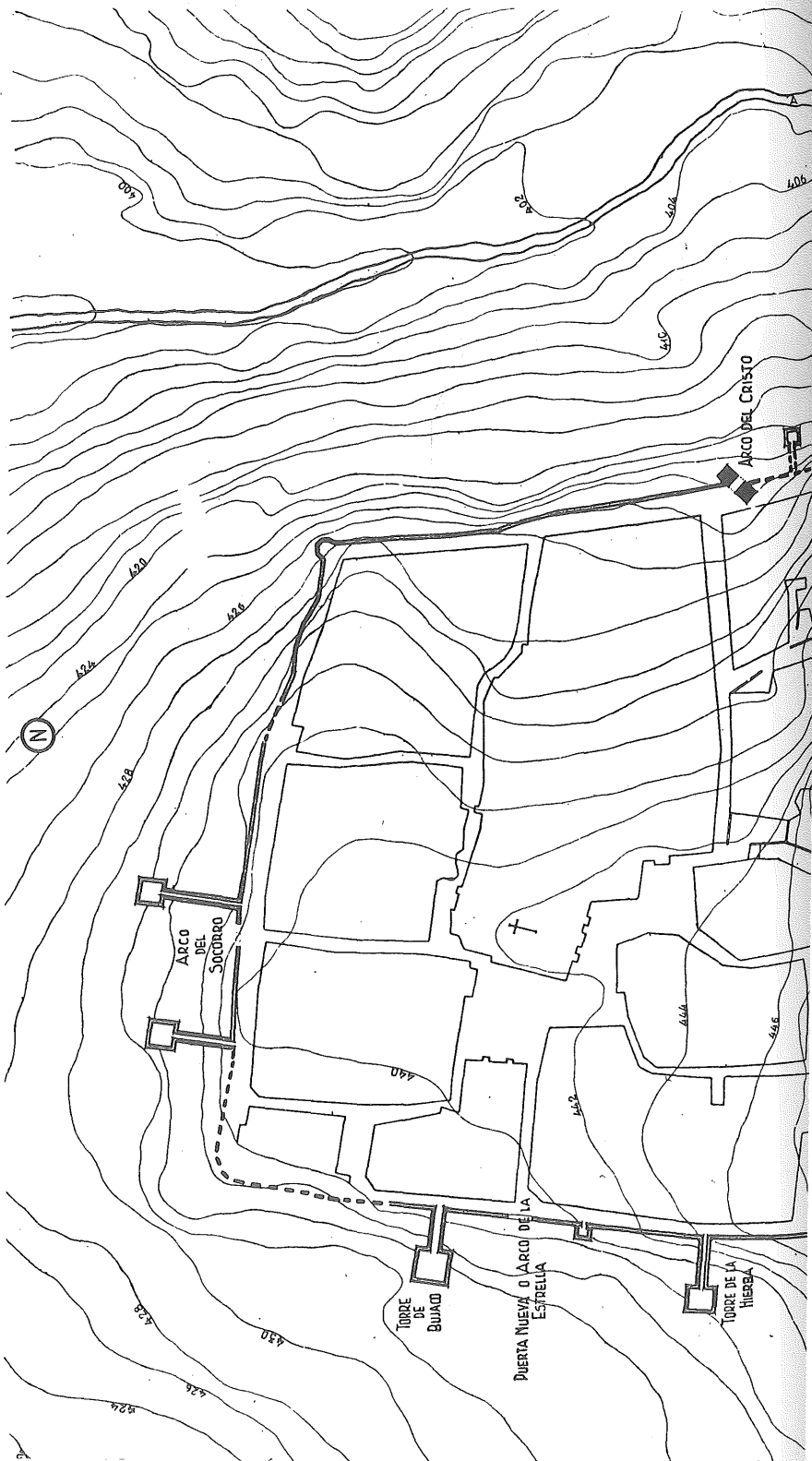
Confirma la voluntad de los monarcas de acabar con los desórdenes de la revuelta nobleza cacereña otra disposición pocos meses posterior, fechada en el de septiembre. Por ella conceden a Diego Gómez de Torres permiso para edificar sobre las ruinas del antiguo alcázar de Cáceres, pero jurando antes acatar la prohibición de levantar «en el dicho suelo torre ni casa fuerte, ni faga alderredor de la dicha casa ni barrera ni baluarte, ni otra fuerça, nin defensa alguna; nin faga la dicha casa más alta que quanto fuere el altura de los otros de las otras moradas; quende ficiere, en tal manera que, juntos los tejados de la dicha casa con las paredes dellas sin que aya ningún apartamiento ni división de lo uno a lo otro, ni menos petril ni almenas», y «que no pueda facer ni faga saeteras ni troneras algunas» ².

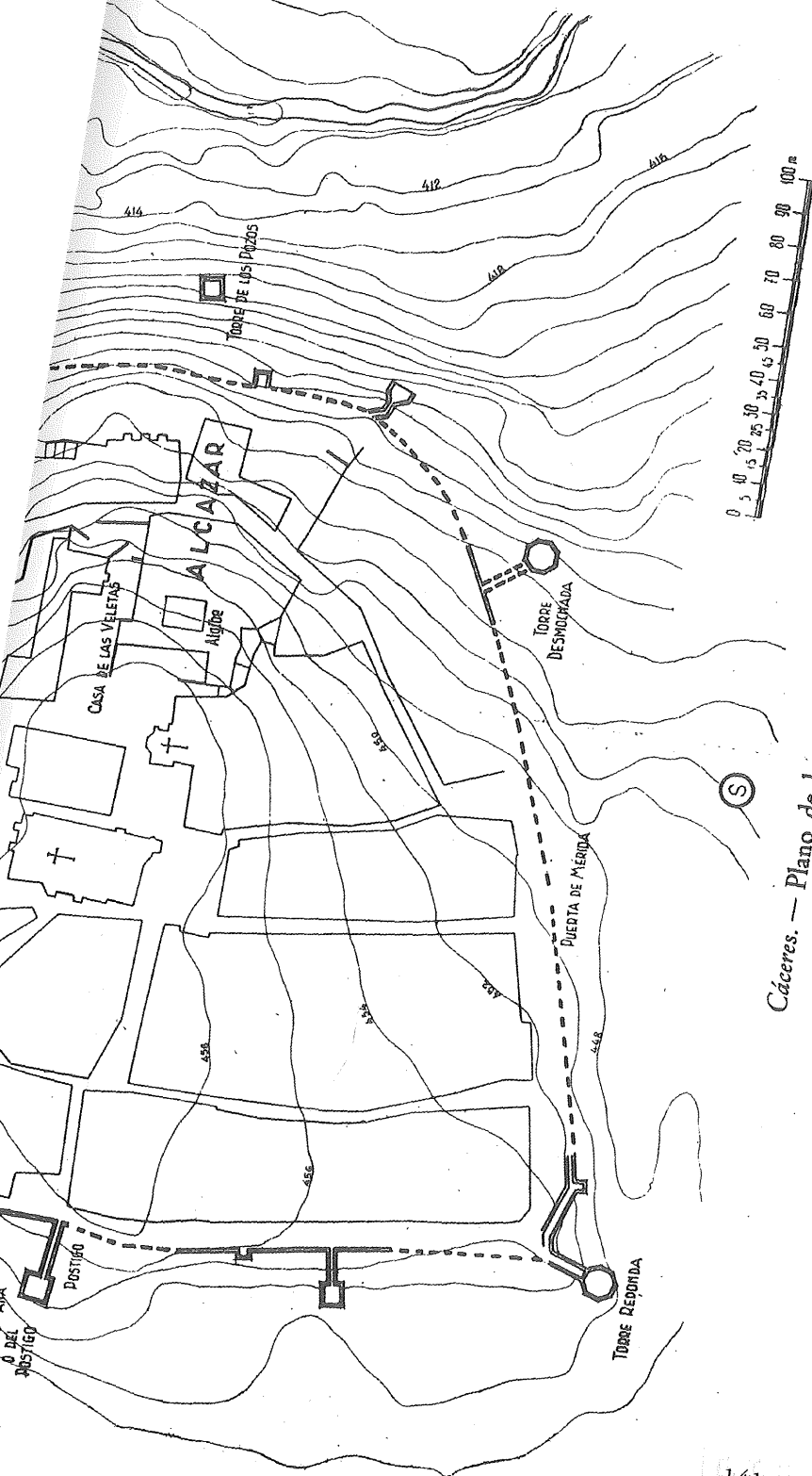
A comienzos del verano de 1477 pasó algunos días la Reina Isabel en Cáceres, «ocupada en facer muchas justiçias de algunas personas de aquella villa, e de todas las otras de su comarca, de que reclamaron ante ella de fuerças que avían padeçido en los tiempos pasados» ³. Con fecha 9 de julio, estando en esa ciudad, dictó una nueva disposición insistiendo en las anteriores. Disponía en ella que todos los que tuviesen torres en las casas de la villa y de los arrabales, las entregasen libremente al justicia o corregidor cuando éste las pidiese, y que si desde esas torres pelearan o tiraran piedras, saetas o tiros de pólvora; la jus-

¹ Archivo de la casa de López Montenegro, Colec. de docs., 1ª sign. prov., nos 1-6, ap. IV, según cita de Floriano en *La Villa de Cáceres y la Reina Católica*, I, reproduce el documento en las pp. 106-111.

² Archivo de la casa de López Montenegro, Colec. de docs., 1ª sign. prov., nos 1-9, según cita de Floriano en *La Villa de Cáceres y la Reina Católica*, I, reproduce el documento en las pp. 55-56.

³ *Crónica de los Reyes Católicos*, por su secretario Fernando del Pulgar, edic. Juan de M. Carriazo, I (Madrid 1943), p. 308.





Cáceres. — Plano de la cerca almohade.

ticia las derribase por su pie. Ordenó asimismo que las arqueras hechas en las citadas torres fuesen derribadas en el término de ocho días a requerimiento del corregidor, cerrando troneras y saeteras y cubriendo y tejando las torres, sin dejar en ellas almenas ni andamio alguno. Debía de haber entonces varias torres comenzadas, pues la misma disposición manda que tan sólo las puedan levantar hasta la altura de los tejados de la casa y sus paredes no sean más gruesas que las restantes de ésta ¹.

La cerca.

Los monarcas almohades pusieron gran cuidado en la fortificación de sus ciudades extremeñas, situadas en una región de luchas continuas, fronteriza con tres reinos cristianos — Castilla, León y Portugal —, que trataban de dilatarse a costa del islam. Extremadura era asimismo la comarca más septentrional y avanzada del dominio peninsular de los almohades y fácil puerta, una vez dominado el valle medio del Guadiana, para el paso al fecundo del bajo Guadalquivir. Ello explica que los restos más importantes de fortificación de este período se encuentren, aparte de Sevilla, la capital de la Andalucía almohade, en las cuatro villas extremeñas de Cáceres, Badajoz, Reina y Montemolín. Seguramente hay en la misma comarca otras ruinas militares contemporáneas aún no estudiadas. Cáceres era la más septentrional de todas ellas, expuesta a continuos ataques, que había necesidad de proteger con potentes fortificaciones. Emplazada, como se dijo, en la ladera de una colina de suave pendiente, fuertes obras de fábrica suplieron la falta de defensas naturales, sobre todo hacia poniente, donde tras las murallas y el débil foso que forma una pequeña vaguada el repecho se prolonga para alcanzar mayor altura.

¹ Archivo Municipal de Cáceres, Secc. A. Priv. y Cartas Reales, sign. prov. VT, A. I-4, según cita de Floriano, *La Villa de Cáceres y la Reina Católica*, I, que reproduce el documento en las pp. 84-94. Si su fecha es 1467, como dice Floriano, está equivocada, pues ese año aún vivía y reinaba don Enrique; será la de 1477, en el que consta que estaba en Cáceres la reina Isabel por los mismos días.

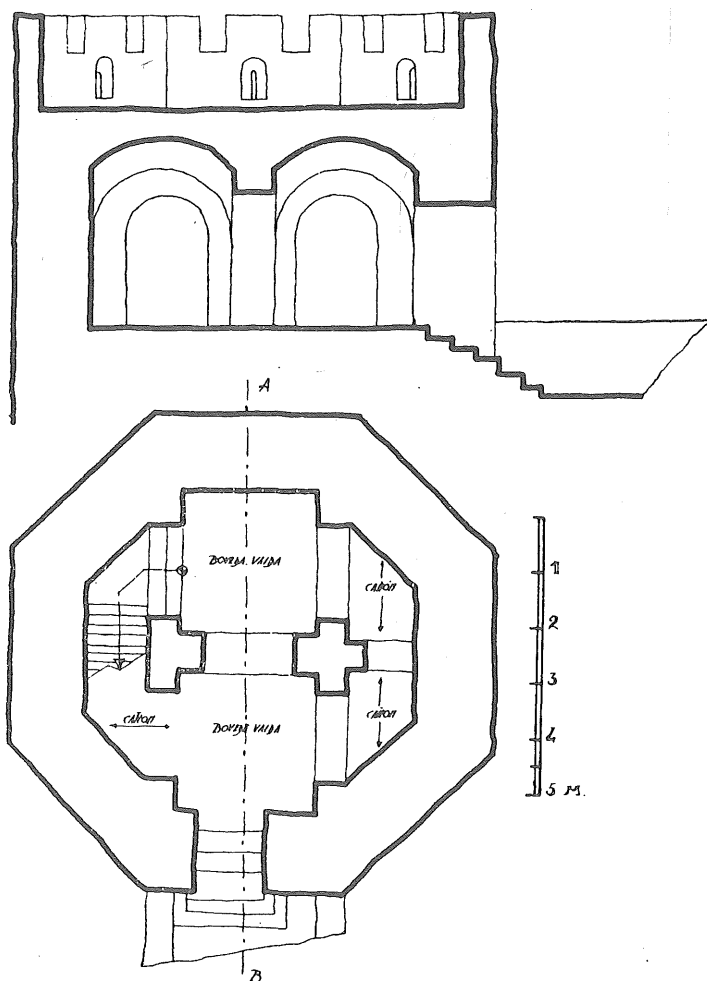
En la fortificación medieval se aprovecharon en parte los cimientos e hiladas inferiores de las murallas romanas, de sillares graníticos, bien visibles aun en algunos lugares, como en el ángulo nordeste, y una puerta, conocida hoy por arco del Cristo, que se abre en el lienzo de saliente. Este, frontero al menguado arroyuelo, es uno de los lados largos del recinto, aproximadamente rectangular, según se dijo.

Torres y murallas medievales diferéncianse claramente de las romanas por su fábrica de tapias de argamasa y mampostería, de color bermejo las primeras, interrumpidas por los mechinales que dejaron los palos de los andamios utilizados para su construcción. También hay torres con las esquinas de sillares y los paños intermedios de tapias o de mampuestos.

De cada uno de los ángulos sudeste y sudoeste del recinto arranca un muro bastante saliente — 11,90 metros tiene uno de ellos — que terminan en sendas torres albarranas, octogonales, muy destacadas de la cerca. Son macizas en su parte baja, pero tuvieron habitaciones a la altura del adarve, que tan sólo conserva la segunda, llamada impropriamente «Redonda»; la otra, un poco mayor, ruinoso, se nombra con más exactitud «Desmochada». Una puerta de arco de medio punto, como todos los de su interior, da entrada al de aquélla desde el adarve. En él hay dos pilares, uno de planta de T y cruciforme el otro, de los que arrancan arcos que descansan en los muros exteriores por su otro extremo. El interior queda así dividido en seis tramos, cuadrados el de ingreso y el siguiente, cubiertos con bóvedas vaídas. Los restantes son trapezoidales y lo están con medios cañones. La escalera de acceso a la terraza ocupa dos de estos tramos. La parte octogonal de ambas torres descansa sobre base cuadrada; la transición se hace en los ángulos por medio de taludes triangulares. Coronan sus muros almenas cuadradas. Aún se ve en ellos restos de un fingido despiezo hecho con fajas de mortero, como si fueran sillares de la altura de las tapias.

En el lienzo occidental de la cerca, el mejor conservado, hay otras cinco torres albarranas, de planta cuadrada unas y rectangular otras, de diferentes salientes y dimensiones, más altas que el adarve, unidas todas a éste por muros perpendiculares a sus

lienzos. Entre ellas descuella una por su magnitud. Es de sillería



Cáceres. — Planta y sección de la torre Redonda.

Plano de A. Marchena.

granítica en su parte baja y fué reparada en tiempos cristianos. Sus dimensiones son 10,83 por 10,20 metros, y unos 25 su

altura; el muro que la une a la cerca avanza 11,75. Antes la llamaban de Bujaco, nombre que se ha supuesto procede del califa almonade Abū Yaʿqūb Yūsuf.

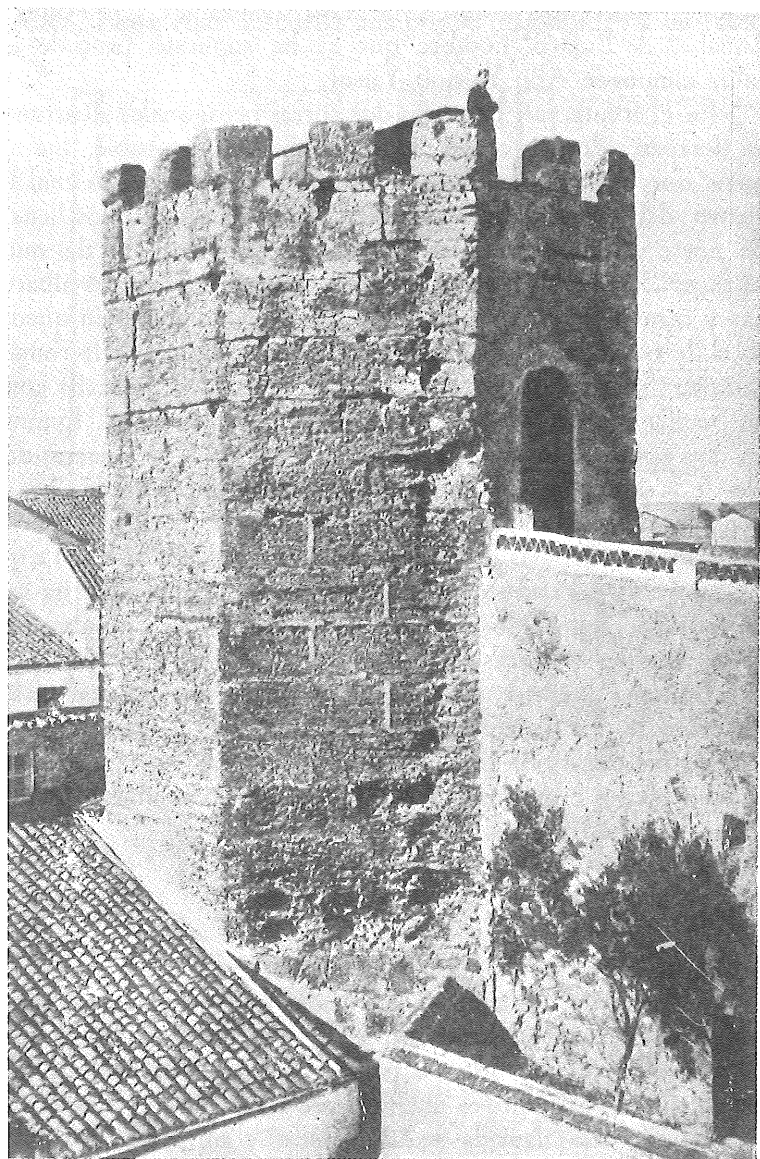
En el frente sur, entre las dos torres octogonales albarrañas, ha desaparecido por completo la muralla. Es probable que hubiera dos semejantes en los otros dos ángulos, con lo cual los cuatro del recinto quedarían bien flanqueados. En los lienzos de norte y oriente, en parte conservados — el ancho del muro varía de 2,10 a 2,80 metros —, se ven algunas torres albarrañas y otras pequeñas, unidas a la muralla, que también quedan en el de poniente. No subsiste más puerta antigua que la romana referida. Sin duda rodeó a la cerca un muro de barbacana como en Sevilla y Badajoz, pero no subsisten huellas de él. Ignórase en qué época se levantaron estas fortificaciones de Cáceres dentro de la almohade a la que indudablemente pertenecen. Es razonable suponerlas contemporáneas de las de Badajoz ¹, por su semejanza, y debidas a la iniciativa del monarca Abū Yaʿqūb Yūsuf (558 = 1163 – 580 = 1184), que, según el cronista contemporáneo Ibn Šāḥib al-šalā, edificó éstas, y cuyo nombre conservó una de las torres.

Limpios de construcciones parásitas que hoy los ocultan exteriormente, los lienzos de muros y torres del recinto de Cáceres aún en pie constituirían uno de los conjuntos más pintorescos, monumentales e interesantes de la arquitectura militar de la edad media en nuestro país.

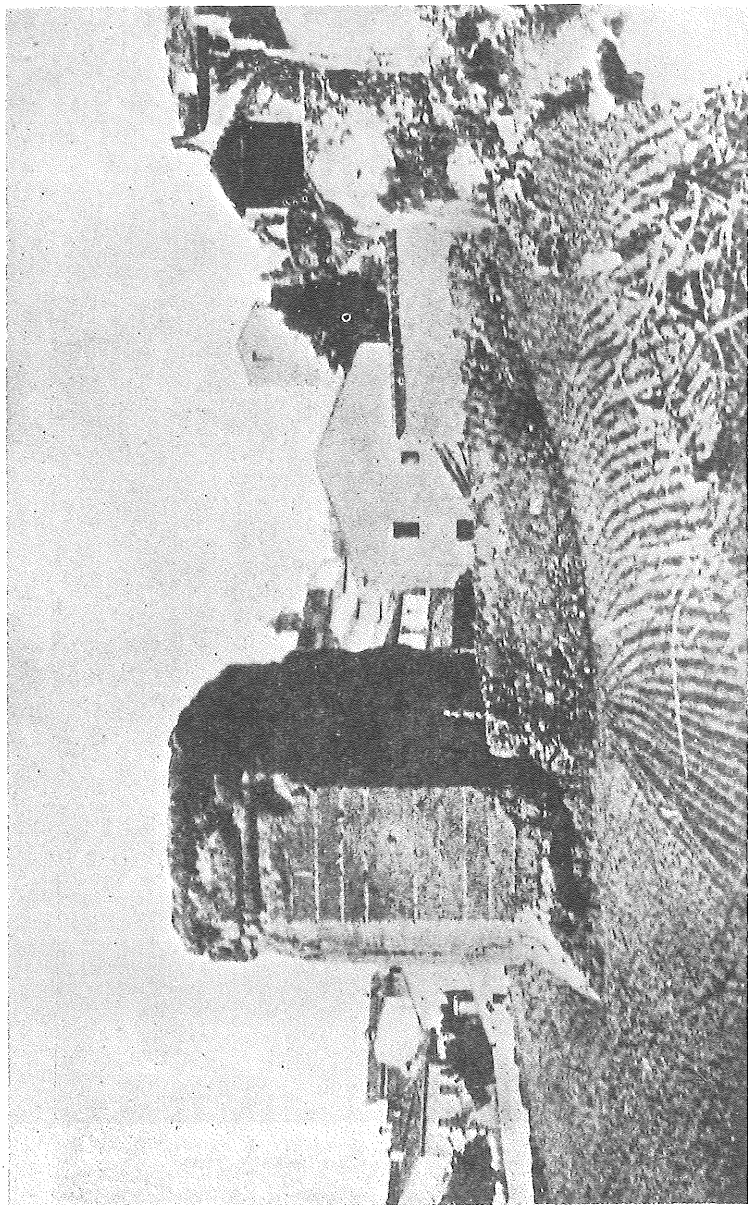
El alcázar y su aljibe.

Según una tradición, confirmada por documentos del siglo XV que más adelante se mencionan, hubo en Cáceres un alcázar musulmán situado en la parte más elevada del recinto, cuyo único resto subsistente es el aljibe que ocupa hoy el subsuelo del patio de la casa llamada de las Veletas y antes de los Aljibes.

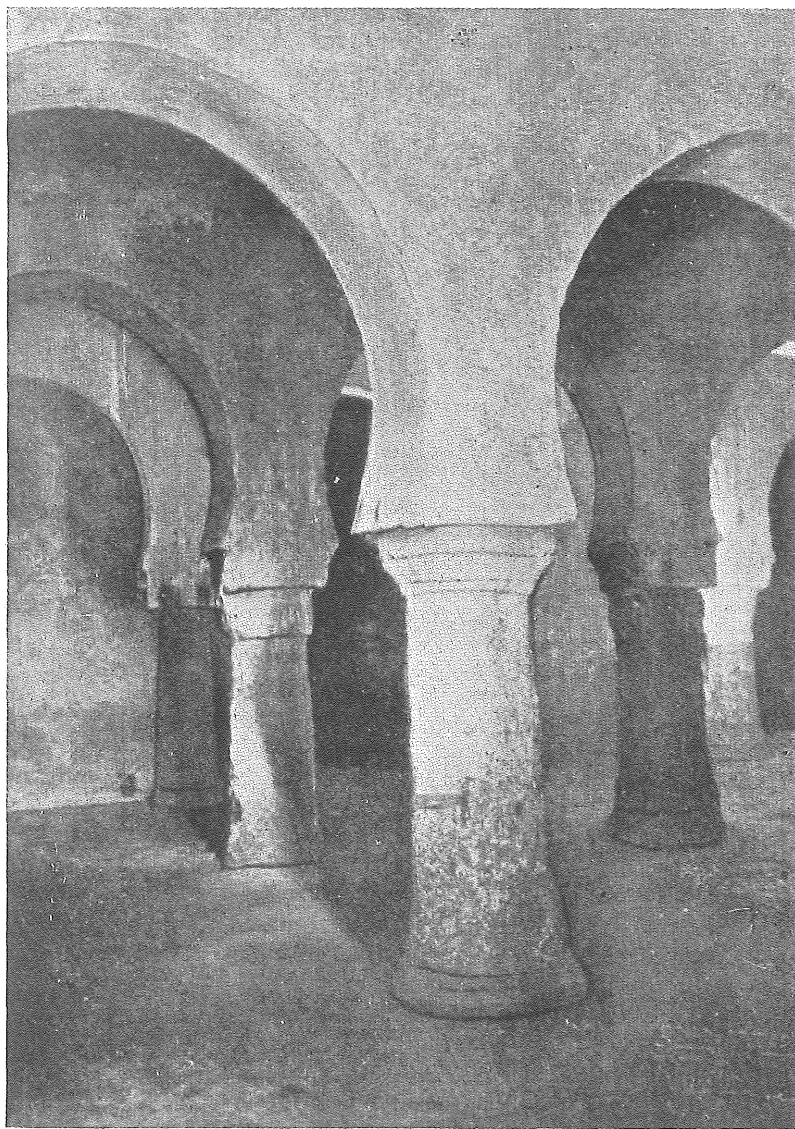
¹ *La alcazaba almohade de Badajoz*, por Torres Balbás (AL-ANDALUS, VI pp. 178-179).



Cáceres. — Torre Redonda.



Cáceres. — Torre Desmochada.



Cáceres. — Aljibe de la Casa de las Veletas.



Cáceres. — Aljibe de la Casa de las Veletas.

En 1466 el infante don Alfonso concedió al maestre de Alcántara don Gómez de Solís, que había vencido en Cáceres a los partidarios de don Enrique IV, acaudillados por el Clavero, y destruido el alcázar, el palacio llamado de los reyes, cuyos linderos eran, «de la vna parte, el ciminterio de la iglesia de Sant Mateos, e de la otra parte la iglesia de la Madalena, e de las otras partes los dichos solares del Alcázar». La iglesia de la Magdalena dicese estaba al sudoeste de la casa de las Veletas, y el cementerio de San Mateo ocuparía la cabecera del templo actual, reconstruido posteriormente.

Poco después, en el mismo año de 1466, según una carta del infante don Alfonso, «D. Gome de Solís hizo gracia e donación pura e perfecta, e non revocable, a... Diego de Cáceres, del palacio que se dice de los Reyes, que está situado en los solares del alcázar viejo». Este palacio, de acuerdo con el significado de la palabra por entonces, sería una sala grande y noble, situada en el solar que hoy ocupa la casa o torre de las Cigüeñas, que fué la construcción erigida poco después por Diego de Cáceres. Al morir el infante don Alfonso, acudió aquél a Enrique IV en súplica de que confirmara la donación; además del citado palacio había tomado una buena parte del resto del alcázar y piedra de sus ruinas para levantar la nueva casa. El rey accedió a la petición en carta de 1473 ¹.

Por otra parte, el mismo monarca concedió a Diego Gómes de Torres, hermano del mariscal de Castilla don Alfonso de Torres, los solares y aljibes del alcázar viejo, o sea la mitad oriental de éste, donación confirmada por los Reyes Católicos en Tordesillas a 30 de junio de 1476.

Comenzada la construcción, Gonzalo Espadero, que se creía con derecho a los terrenos en que se levantaba el arruinado alcázar, puso pleito a Diego Gómez de Torres, resuelto por los Reyes Católicos en documento antes citado, cuya fecha es en Sevilla en 23 de septiembre de 1476, a favor del último. En él, a más de prohibirle los monarcas, como ya se dijo, fortificar la cons-

¹ Archivo López Montenegro, según cita de Antonio C. Floriano, en su *Guía histórico-artística de Cáceres* (Cáceres 1929), pp. 80-82.

trucción que estaba levantando, impónenle servidumbre sobre las aguas de los aljibes para que pudieran ser utilizadas por el común de los vecinos.

En el mismo documento se especifica que el terreno propiedad de Diego Gómez de Torres era «el ladrillado e los aljibes del dicho Alcaçar, fasta dar a la madalena, e fasta casa de carual, e del otro cabo fasta dar en el muro» ¹.

Pasó la casa edificada sobre los aljibes por Diego Gómez de Torres a su primogénito Alfonso Torres, y, muerto éste sin sucesión, heredó casa y mayorazgo su hermana Leonor de Ulloa, cuyo hijo o nieto Lorenzo de Ulloa la reedificó en 1600 y puso en las galerías del patio el escudo familiar con la siguiente inscripción:

*Arx antiqua fui maurorum regia quondam
rex quibus Alfonsus fortiter eripuit
bella sedes tempus tandem rapvere ruina
Ulloae iam opera pulchra resurgo domus* ².

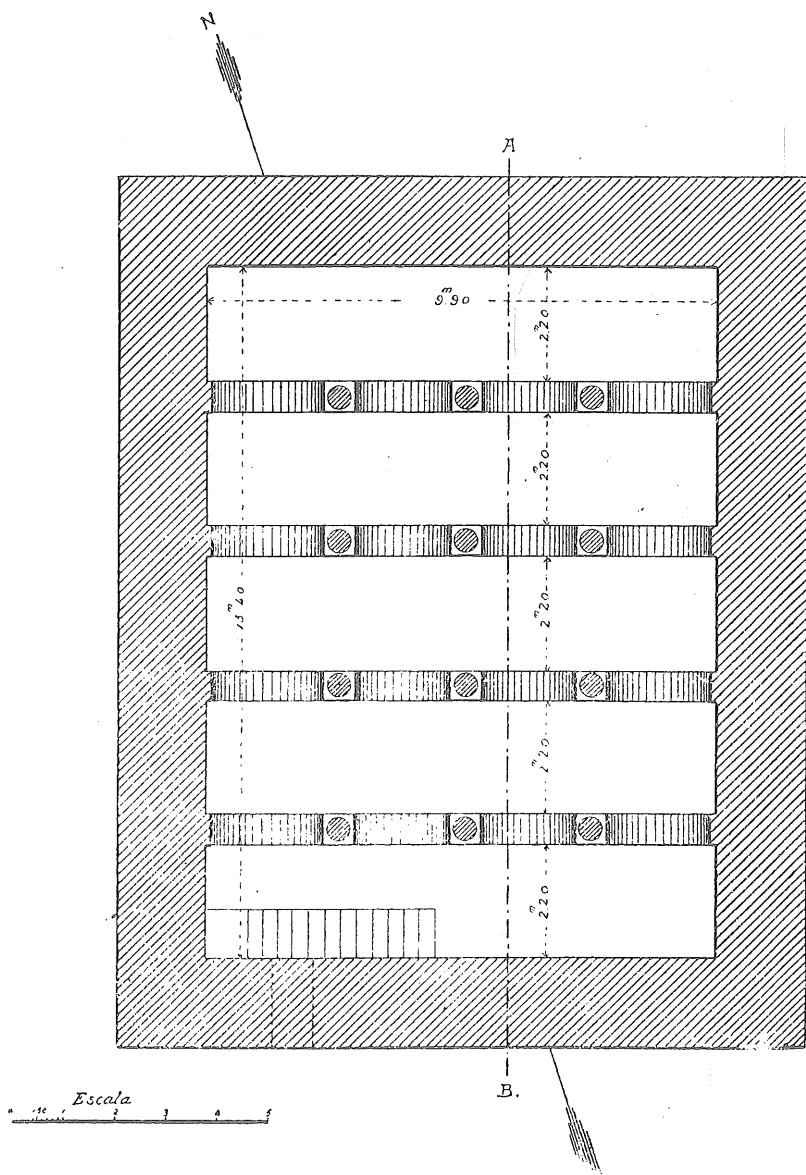
El antiguo alcázar musulmán ocupaba, pues, un extenso solar del recinto, comprendiendo la plaza de San Mateo, la de las Veleas y la casa de este nombre — antes de los Aljibes — y la de la Cigüeña, extendiéndose hasta la muralla oriental de la ciudad, por donde está la torre albarrana de los Pozos, avanzada sobre el arroyuelo, frente a la fuente del Concejo, cuyo objeto sería facilitar el aprovisionamiento de agua en caso de asedio ³. Este alcázar estaba ruinoso en la segunda mitad del siglo XV ⁴, pero aún

¹ Archivo de López Montenegro, según cita de Floriano, *Guía... de Cáceres*, pp. 84-85, y *La Villa de Cáceres y la Reina Católica*, I, pp. 55-56.

² *Museo provincial de Bellas Artes de Cáceres*, por Miguel Angel Ortí Belmonte, apud *Memorias de los Museos Arqueológicos provinciales*, 1944 (Extracto), V (Madrid 1945), pp. 178-179.

³ Uno de los documentos antes citados da el muro de la ciudad como límite del Alcázar; todos los hispanomusulmanes, lo mismo que las alcazabas, no estaban nunca en el centro de la aglomeración urbana, sino adosados a la cerca exterior, para poder salir libremente sin pasar por aquélla.

⁴ Los historiadores locales afirman, sin aducir prueba alguna, que don Pedro I hizo arrasar el alcázar y decapitar a sus poseedores; los hermanos Gil, partidarios de don Enrique.

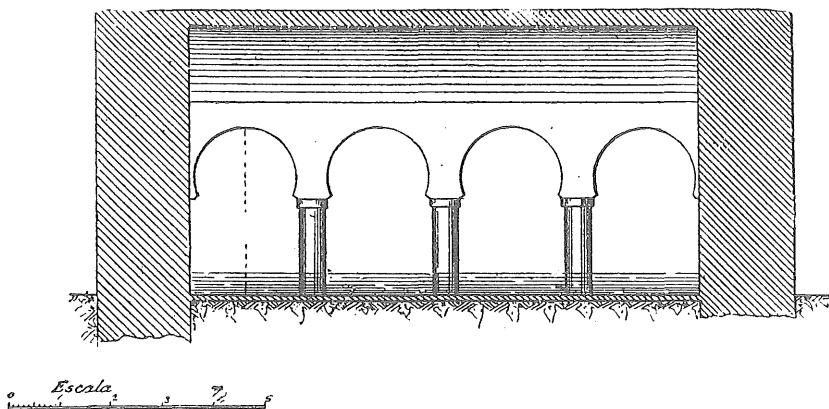


Cáceres. — Planta del aljibe de la casa de las Veletas.

Plano de J. R. Mérida.

permanecía en pie en su parte septentrional un salón, tal vez rodeado de algunas habitaciones de menos importancia, es decir, un «palacio», derribado entonces para construir la casa de las Cigüeñas. El aljibe tenía el trasdós de sus bóvedas enladrillado.

La reedificación por don Lorenzo de Ulloa en 1600 de la casa de los Aljibes, se hizo a base de levantar sobre los muros del perímetro del aljibe — probablemente el plural provendrá de



Cáceres. — Sección transversal del aljibe de la casa de las Veletas.

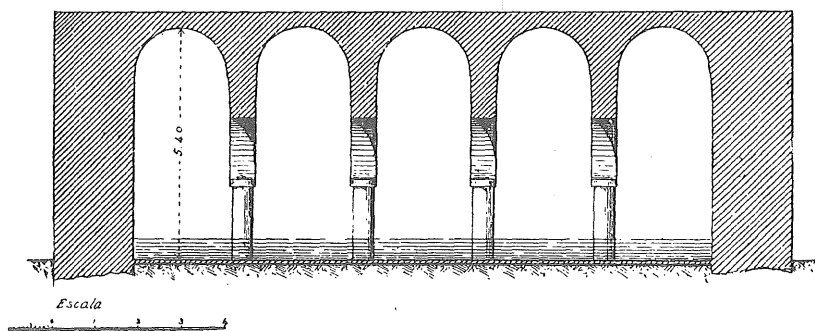
Plano de J. R. Mélida.

las varias naves que lo forman — las paredes maestras de un patio central con pórticos o galerías en sus cuatro lados.

Es dicho aljibe una construcción subterránea, excepto por el lado oriental, donde el terreno descende en rápido declive. Su planta es rectangular, de 15,40 metros por 13,20 exteriormente y 13,40 por 9,90 la interior. Los muros son de mampostería, y de ladrillo arcos y bóvedas.

Lo forman cinco naves de 2,20 metros de ancho y 9,90 de longitud, cubiertas por bóvedas de medio cañón y separadas entre sí por cuatro series de otros tantos arcos de herradura sobre gruesas columnas de granito, de labra tosca, monolíticas, con un anillo de resalto en cada extremo del fuste. El pavimento está solado de ladrillo, y desde él hasta la clave de las bóvedas, la altura

es de unos cinco metros. En ellas hay perforaciones cuadradas, algunas de las cuales se acusan en el pavimento de losas graníticas del patio, por las que penetra el agua de lluvia. Adosada a uno de los muros existe una escalinata de piedra para bajar al fondo ¹. Una galería, a la que se entra desde la calle situada a sur del edificio, permitía sacar agua del aljibe sin penetrar en la casa construida sobre él. La cubre una bóveda de medio cañón, de ladrillos puestos de canto, según el conocido procedimiento oriental



Cáceres. — Sección longitudinal del aljibe de la casa de las Veletas.

Plano de J. R. Mélida.

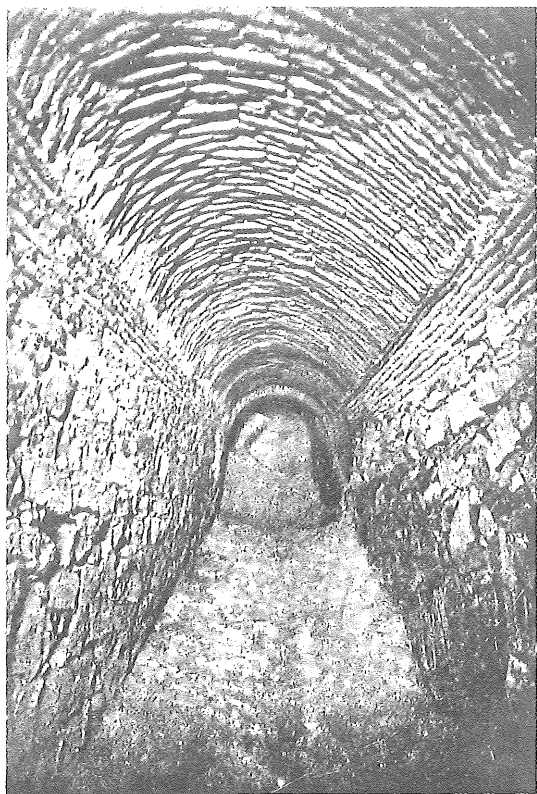
de construcción sin cimbra empleado en Granada y Toledo en la Edad Media.

No es fácil fijar la fecha de construcción de este aljibe, obra fuerte y tosca, desprovista de elementos decorativos. Conveniría ver si sus bóvedas, hoy enlucidas y enjalbegadas, tienen el mismo aparejo que las de la galería inmediata, al parecer contemporánea. Las españolas semejantes que conozco son de los siglos XIII y XIV ². Probablemente el aljibe de Cáceres se cons-

¹ José Ramón Mélida, *Noticias del aljibe árabe de la Casa de las Veletas, en Cáceres y referencias de los de Montánchez y Trujillo* (Bol. de la Soc. Esp. de Excursiones, XXV, Madrid 1917, pp. 225-237), y *Catálogo Monumental de España, Provincia de Cáceres*, Texto, I, pp. 233-239.

² Bóvedas de medio cañón: de las escaleras del alminar de San Juan de los

truiría por los almohades al mismo tiempo que las murallas, en la segunda mitad del siglo XII. Otro semejante debió de haber en la alcazaba de Badajoz ' y aún subsisten varios de menos importancia, descritos por don José Ramón Mélida, en varias fortalezas extremeñas. — LEOPOLDO TORRES BALBÁS.



Cáceres. — Casa de las Veletas. Pasadizo de entrada
al aljibe.